

Ex-Lax le Ayuda a Usted a Recuperar su Regularidad Normal

ESTA NOCHE—Si necesita Ud. un laxante tome EX-LAX chocolatado... el más sabroso y suave laxante del mundo. Tómelo al acostarse. No le afectará el sueño.

POR LA MAÑANA—Disfrutará Ud. el movimiento más semejante a la acción natural que pueda darse. Sin incomodidad. Se sentirá Ud. bien de nuevo.

AL DIA SIGUIENTE—EX-LAX continúa ayudándole a Ud. a recuperar su regularidad normal. Muy raro sería que tuviera que volver a tomar EX-LAX a la noche siguiente.



Viene en tamaños de
2, 6, 18 tabletas
10c · 20c · 45c

EX-LAX EL CHOCOLATE LAXANTE

MÁS GENTE USA EX-LAX QUE NINGUN OTRO LAXANTE

EL DRAMA DE CUBA...

(Continuación)

es dudoso que todavía queden en los institutos armados elementos sensibles al dolor y la opresión que, por medio de la fuerza pública, se le está infligiendo al pueblo de Cuba. La experiencia de los dos golpes militares de Batista ha difundido mucho la convicción —significativamente compartida por las juventudes cubanas hoy en lucha— de que las libertades del país no estarán seguras mientras no se sustituya total o parcialmente el Ejército profesional —que le cuesta millones anuales a la nación, a cambio de muy escasos servicios— por un ejército a base de servicio militar obligatorio. Tal es por cierto, una de las demandas del movimiento "26 de Julio".

Terrorismo y guerra civil

De la desesperación por un lado, ante las actitudes civiles de apatía a que antes nos referíamos, y, por otro, ante esos fracasos de los intentos de rectificación por los propios militares, se ha alimentado mucho el terrorismo civil como medio de lucha, al igual que ocurrió bajo la tiranía de Machado, muchos de cuyos más destacados sustentadores están hoy de nuevo en el Poder.

El jefe militar de un organismo represivo cayó una noche abatido a balazos en un cabaret de La Habana. A esa agresión contestó la fuerza pública con aún más torpe violencia. Un pelotón de policías asaltó la Legación de Haití, donde dijeron haber obtenido asilo los autores de aquel atentado. Recibidos los primeros balazos, cayó muerto el jefe de la policía de La Habana, que mandaba las fuerzas. Estas allanaron la Legación y mataron a los ocho jóvenes cubanos re-

fugiados en ella, quienes, según se afirma, nada habían tenido que ver con el atentado inicial. El grave incidente tuvo las naturales repercusiones diplomáticas, pronto acalladas por la irregularidad misma del asilo concedido a hombres armados. Meses más tarde, un líder estudiantil y dos compañeros de lucha a quienes se perseguía por el mismo atentado, fueron sorprendidos y muertos por la policía en una casa de La Habana.

Incontables sucesos de este tipo mantuvieron en vilo el ánimo público. Menudeaban las bombas, a veces con resultados crudelísimos para víctimas inocentes. La persecución de los terroristas —invariablemente acusados de "pistoleros o de comunistas" para consumo de la opinión doméstica y la extranjera— se desenlazaba casi siempre con nuevas muertes y torturas. Las "ejecuciones" sobre el terreno, a mano de la fuerza pública o de los sicarios especiales del régimen, impidieron que rebasaran las cárceles. Con frecuencia los cadáveres aparecían en la vía pública acompañados de bombas y otras armas. Las embajadas y legaciones estaban llenas de refugiados. Lo que virtualmente existía ya en Cuba era un estado de guerra civil espasmódica.

Entretanto, la provincia de Oriente, y en particular la ciudad de Santiago de Cuba, libraba su propia lucha aún más intensa que la de La Habana, en cuyo cosmopolitismo todo se diluye un poco. Mucha sangre de estudiantes y de gente humilde se había derramado ya en la ciudad que había sido escenario del episodio del Moncada. Al amparo de la mayor distancia de los grandes centros de información y de observación, un jefe militar, y un jefe de policía implacables tenían a la población bajo

el terror. Conmitones suyos en otras poblaciones orientales los emulaban. Por añadidura, los aprovechamientos lucrativos de todo género, accesorios a esos abusos de poder, resultaban no menos escandalosos. Cuando elementos "neutrales" de las clases más representativas de Santiago de Cuba demandaron la remoción de alguno de esos jefes, de notoria brutalidad y sadismo, Batista lo substituyó por otro más benigno, partidario de los procedimientos "diplomáticos" hacia la juventud estudiantil en rebeldía. El nuevo jefe, sin embargo, duró poco en el cargo, y su predecesor no tardaría en verse repuesto.

Las circunstancias en aquella provincia se agravaron. En diciembre de 1956, Fidel Castro, que desde México había venido dejando entender su propósito de invadir la Isla, desembarcó, en efecto, por la costa meridional de aquel extremo de Cuba, con ochenta compañeros del movimiento "26 de Julio" por él fundado. Alertadas casualmente las fuerzas costeras de vigilancia, casi destruyeron la pequeña expedición del "Gramma" a punto de tocar tierra. Muchos de los expedicionarios murieron bombardeados o ahogados. Castro, sin embargo, logró internarse con un puñado de sus hombres en las frías alturas de la Sierra Maestra.

Acercantadas allí poco a poco sus fuerzas con voluntarios de toda la Isla, que se las arreglaban para burlar misteriosamente la vigilancia del Ejército, pronto las guerrillas de Castro se hicieron sentir atacando puestos militares y librando refriegas con destacamentos aislados. La renovada audacia del "Héroe del Moncada" reverdecía su popularidad, ganando para su empeño extraordinaria resonancia pública. El cerco de Batista no logró impedir que se le siguiesen sumando a Castro elementos jóvenes, ni que —más tarde, cuando la resonancia se extendió también al extranjero— reporteros americanos (alguno de ellos de tanta ejetoría como Herbert Matthews, del New York Times) le entrevistasen en la misma Sierra. El Gobierno, por supuesto, denunció la entrevista como una falsedad, sólo para verse enseguida desmentido hasta con fotografías por el gran diario neoyorquino. Ante lo cual optó por declarar a Castro y los suyos "comunistas" y fugitivos de la justicia común.

Entretanto el "autenticismo" revolucionario se movía desde Miami y operaba en La Habana. A mediados de 1957, un suceso sensacional repercutía por el mundo entero. Casi a cuerpo limpio, un grupo de hombres había asaltado en pleno día la mansión presidencial, sorprendiendo y diezmando a la guardia de ella. De milagro —el milagro de unas granadas de mano que no estallaron—, pudo Batista salvar la vida. En medio de un intenso fuego que se extendió a las cercanías, casi todos los asaltantes incluyendo a su jefe, el abogado Menelao Mora, quedaron sobre el terreno. Rara vez, en la turbulenta historia de las revoluciones latinoamericanas, se había registrado un acto de valor y de temeridad semejante. Al mismo tiempo que se producía el asalto, un grupo de estudiantes universitarios ocupaba una estación de radio y anunciaba la muerte de Batista y la caída del régimen. Al salir de esa proclamación prematura, cayó muerto por la fuerza pública el presidente de la Federación Estu-

diantil Universitaria José Antonio Echevarría.

La revancha del Gobierno fue terrible. Esa noche, fuerzas policíacas buscaron afanosamente a los líderes más sobresalientes de la Oposición que aún se hallaban en Cuba. Ni los más pacifistas de ellos se libraron de registros domiciliarios implacables. De la suerte que hubieran corrido de haber sido hallados, dio idea el hecho de que al día siguiente apareció golpeado y muerto, en un parque suburbano de la capital, el doctor Pelayo Cuervo, presidente a la sazón del Partido del Pueblo Cubano, exministro y ex-senador de la República y una de las figuras más vigorosas frente al régimen. Otras represalias de menor significación, pero no menos salvajes, siguieron. Para cohonestarse a sí mismo con un simulacro de adhesión y de protesta pública, Batista se organizó un desfile palaciego de personas de relieve, pertenecientes las más a las llamadas "fuerzas vivas", y en su mayoría coaccionadas al efecto. Ni que decir tiene que las garantías volvieron a suspenderse.

Ante el cuadro pavoroso del país, el llamado Bloque de Prensa primero, y las instituciones cívicas y religiosas concertadas más tarde, se movilizaron para pedir un alto en aquella orgía de sangre. El primero representaba, desde luego, a casi todos los periódicos importantes de Cuba, amordazados una y otra vez por la censura. Pero respaldados siempre en alguna medida por la Sociedad Interamericana de Prensa, que tan laudables campañas ha librado contra el torvo oscurantismo de las dictaduras hispanoamericanas. Las "instituciones cívicas" eran organizaciones de ciudadanos ajenos a la política pero interesados en el fomento de sus respectivas localidades por toda la Isla. A la demanda que alzaron ante el Gobierno se unieron las más prestigiosas instituciones de cultura y algunas de acción religiosa laica. Estos esfuerzos resultaron totalmente inútiles.

No es de extrañar que semejantes actitudes oficiales acuciaran nuevos esfuerzos de la Oposición insurreccional. Una expedición al parecer de elementos prístas, desembarcada el año pasado en costa norte de la provincia oriental, fue sorprendida y diezmada, habiendo perecido algunos de los supervivientes después de haberse entregado bajo promesa de que se les respetaría la vida. En Hølguin, el jefe del distrito militar colgó o fusiló a una veintena de hombres en una sola noche. Meses después, sorprendido él mismo, pagó con su vida. Acusados de ser autores de este atentado, numerosos prisioneros fueron víctimas en los últimos meses de la aplicación de la infame "ley de fuga". Mientras Fidel Castro y sus seguidores —que se hacen ascender a un millar de hombres— campen en las montañas, bajando de vez en cuando a batirse con el Ejército en las poblaciones y a realizar actos de sabotaje, Santiago de Cuba es un hervidero de resistencia cívica, a la que se dice no ser ajenos muchos de los elementos más respetados de aquella sociedad.

Por la naturaleza misma de las cosas, el movimiento "26 de Julio", que Castro capitanea, tiene inevitablemente mucho de indefinido en el orden ideológico. Tácticamente, se sumó hace unos meses a una integración de los sectores insurreccionales efectuada en Miami y de la cual después se ha apartado, planteando sus propias de-